

CAPÍTULO 13

La trascendencia divina

Oh Señor nuestro Señor, no hay nadie como Tú en lo alto del cielo ni en lo bajo de la tierra. Tuya es la grandeza, la dignidad y la majestad. Tuyo es el reino, el poder y la gloria para siempre, oh Dios, y Tú eres exaltado como cabeza sobre todo. Amén.

Cuando hablamos de Dios como trascendente queremos decir, por supuesto, que está exaltado muy por encima del universo creado, tan por encima que el pensamiento humano no puede imaginarlo.

Sin embargo, para pensar con precisión, debemos tener en cuenta que "muy por encima" no se refiere aquí a la distancia física de la tierra, sino a la calidad del ser. No se trata de la ubicación en el espacio ni de la mera altitud, sino de la vida.

Dios es espíritu, y para Él la magnitud y la distancia no tienen significado. Para nosotros son útiles como analogías e ilustraciones, por lo que Dios se refiere a ellas constantemente cuando habla a nuestro limitado entendimiento. Las palabras de Dios que se encuentran en Isaías, "Así dice el alto y sublime que habita la eternidad", dan una clara impresión de altitud, pero eso se debe a que nosotros, que habitamos en un mundo de materia, espacio y tiempo, tendemos a pensar en términos materiales y sólo podemos captar las ideas abstractas cuando se identifican de algún modo con las cosas materiales. En su lucha por liberarse de la tiranía del mundo natural, el corazón humano debe aprender a traducir hacia arriba el lenguaje que el Espíritu utiliza para instruirnos.

Es el espíritu el que da significado a la materia y, aparte del espíritu, nada tiene valor alguno. Cuando un niño se aleja de un grupo de turistas y se pierde en una montaña, toda la perspectiva mental de los miembros del grupo cambia inmediatamente. La admiración por la grandeza de la naturaleza da paso a una angustia aguda por el niño perdido. El grupo se dispersa por la ladera de la montaña llamando ansiosamente al niño por su nombre y buscando ansiosamente en cualquier lugar apartado donde el pequeño pueda estar escondido.

¿Qué ha provocado este cambio tan repentino? La montaña cubierta de árboles sigue allí, elevándose entre las nubes con una belleza sobrecogedora, pero ahora nadie se fija en ella. Toda la atención se centra en la búsqueda de una niña de pelo rizado que aún no ha cumplido los dos años y pesa menos de diez kilos. A pesar de ser tan nueva y tan pequeña, es más preciada para sus padres y amigos que toda la enorme mole de la vasta y antigua montaña que habían estado admirando unos minutos antes. Y todo el mundo civilizado está de acuerdo, porque la niña puede amar, reír, hablar y rezar, y la montaña no. Es la calidad de ser de la niña lo que le da valor.

Sin embargo, no debemos comparar el ser de Dios con ningún otro, como acabamos de comparar la montaña con el niño. No debemos considerar a Dios como lo más alto en un orden ascendente de seres, comenzando por la célula y siguiendo por el pez, el pájaro, el animal, el hombre, el ángel, el querubín y Dios. Eso sería conceder a Dios eminencia, incluso preeminencia, pero no basta; debemos concederle trascendencia en el sentido más pleno de esa palabra.

Dios está siempre aparte, en una luz inaccesible. Está tan por encima de un arcángel como de una oruga, porque el abismo que separa al arcángel de la oruga es finito, mientras que el abismo entre Dios y el arcángel es infinito. La oruga y el arcángel, aunque distantes entre sí en la escala de las cosas creadas, son

no obstante, son uno en el sentido de que han sido creados por igual. Ambos pertenecen a la categoría de lo-que-no-es-Dios y están separados de Dios por la infinitud misma.

La reticencia y la compulsión rivalizan siempre en el corazón que quiere hablar de Dios.

¿Cómo se atreverán los contaminados mortales A cantar Tu gloria o Tu gracia? Bajo Tus pies yacemos lejos,

Y no veo más que sombras de Tu rostro. Isaac Watts

Sin embargo, nos consolamos sabiendo que es Dios mismo quien pone en nuestros corazones el deseo de buscarle y hace posible en cierta medida que le conozcamos, y se complace incluso con el esfuerzo más débil por darle a conocer.

Si algún vigilante o santo que haya pasado sus felices siglos junto al mar de fuego viniera a la tierra, qué insignificante sería para él el incesante parloteo de las ajetreadas tribus de los hombres. Cuán extrañas y vacías sonarían para él las palabras planas, rancias y sin provecho que se oyen en el púlpito común semana tras semana.

Y si alguien así hablara en la tierra, ¿no hablaría de Dios? ¿No encantaría y fascinaría a sus oyentes con arrebatadoras descripciones de la Divinidad? Y después de oírle, ¿podríamos consentir en escuchar otra cosa que no fuera teología, la doctrina de Dios? ¿No exigiríamos después a quienes se atrevieran a enseñarnos que nos hablaran desde el monte de la visión divina o que guardaran silencio?

Cuando el salmista vio la transgresión de los malvados, su corazón le dijo cómo podía ser. "No hay temor de Dios ante sus ojos", explicaba, y al decirlo nos revelaba la psicología del pecado. Cuando los hombres ya no temen a Dios, transgreden Sus leyes sin vacilar. El temor a las consecuencias no es disuasorio cuando ha desaparecido el temor de Dios.

Antiguamente se decía que los hombres de fe "caminaban en el temor de Dios" y "servían al Señor con temor". Por íntima que fuera su comunión con Dios, por audaces que fueran sus oraciones, en la base de su vida religiosa estaba la concepción de Dios como imponente y temible. Esta idea de Dios trascendente recorre toda la Biblia y da color y tono al carácter de los santos. Este temor de Dios era algo más que una aprensión natural del peligro; era un temor no racional, un sentimiento agudo de insuficiencia personal en la fe.

la presencia de Dios Todopoderoso.

Dondequiera que Dios se apareciera a los hombres en los tiempos bíblicos, el resultado era el mismo: una abrumadora sensación de terror y consternación, una desgarradora sensación de pecado y culpa. Cuando Dios habló, Abram se tendió en tierra para escuchar. Cuando Moisés vio al Señor en la zarza ardiente, escondió el rostro por miedo a mirar a Dios. La visión que Isalah tuvo de Dios le arrancó el grito: "¡Ay de mí!" y la confesión: "Estoy deshecho, porque soy hombre de labios impuros".

El encuentro de Daniel con Dios fue probablemente el más terrible y maravilloso de todos. El profeta alzó los ojos y vio a Uno cuyo "cuerpo era semejante al berilo, y su rostro como el resplandor de un relámpago, y sus ojos como lámparas de fuego, y sus brazos y sus pies del color del bronce bruñido, y la voz de sus palabras como la voz de una multitud". "Sólo yo, Daniel, vi la visión -escribió después-, pues los hombres que estaban conmigo no la vieron, sino que les sobrevino un gran temblor y huyeron a esconderse. Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión, y no me quedó fuerza; porque mi hermosura se convirtió en mí en corrupción, y no retuve nada.

fuerza. Pero oí la voz de sus palabras; y cuando oí la voz de sus palabras, quedé profundamente dormido sobre mi rostro, y mi rostro hacia el suelo."

Estas experiencias demuestran que una visión de la trascendencia divina acaba pronto con toda controversia entre el hombre y su Dios. La lucha sale del hombre y está listo con el Saulo conquistado para pedir mansamente,

"Señor, ¿qué quieres que haga?"

Por el contrario, la seguridad en sí mismos de los cristianos modernos, la ligereza básica presente en tantas de nuestras reuniones religiosas, la escandalosa falta de respeto mostrada hacia la Persona de Dios, son pruebas suficientes de una profunda ceguera de corazón.

Muchos se llaman a sí mismos por el nombre de Cristo, hablan mucho de Dios y le rezan a veces, pero evidentemente no saben quién es Él. "El temor del Señor es fuente de vida", pero este temor sanador apenas se encuentra hoy entre los hombres cristianos.

Una vez, conversando con su amigo Eckermann, el poeta Goethe se refirió a la religión y al abuso del nombre divino. "La gente lo trata", dijo, "como si ese incomprensible y altísimo Ser, que está incluso más allá del alcance del pensamiento, fuera sólo su igual. De otro modo no dirían 'el Señor Dios, el Dios querido, el Dios bueno'. Esta expresión se convierte para ellos, especialmente para el clero, que la tiene diariamente en su boca, en una mera frase, un nombre estéril, al que no se une pensamiento alguno. Si estuvieran impresionados por Su grandeza se quedarían mudos, y por veneración no querrían nombrarlo.

*Señor de todo ser, trono lejano,
Glorian llamas de sol y estrella; Centro y alma de cada esfera, Sin
embargo, a cada corazón amoroso ¡cuán cerca!
Señor de toda vida, abajo, arriba,
Cuya luz es la verdad, cuyo calor es el amor, Ante tu trono siempre
resplandeciente
No pedimos brillo propio. Oliver Wendell Holmes*